

## ARGENTINA 4, GRECIA 0.

**Por Cludia Bernazza.**

Le tenía que suceder algo importante. Ese día. Día de todas las desgracias de todos los despidos de todos los tenderos diciéndole inservible. Si volvía así a su casa lloverían calamidades. Mejor era caminar por la ciudad, detenerse en cada bar, bucear las caras, porque alguna podía esconder su nueva vida.

Palideció al verla. Una cara de nada, vacía, un agujero sobre el vidrio del bar donde decididamente entró. Se sentó al lado del viejo. El partido del mundial, el frío, el Once, le darían tema, más tarde o más temprano. Era evidente que el hombre no se movería de ahí hasta que terminaran los dos tiempos. Los coreanos y sus baratijas. Podía ser un buen asunto. Maradona. Definitivamente el gran tema.

¿Y, don? ¿Usted que dice? ¿Hace un gol el Diego hoy?

Una sonrisa y el palillo del escarbadiente bailoteando entre los dientes. Elevación de hombros por toda respuesta.

Jose Asunción Pereyra, 42 años, paraguayo, viviendo en la Argentina desde el setenta y pico por destinatario de patria pobre, soltero, empleado de comercio, recién salidito a patadas del negocio del último coreano que desea ver en su vida, busca desesperadamente la mirada y las palabras de Pascual Zárate, argentino, 70 años, viudo, detalles que José Asunción desconoce, quien no respeta a nadie lo suficiente como para compartir la única alegría que lo sostiene de cuatro en cuatro años: los mundiales de fútbol. Nada que pueda adivinar José Asunción.

Por eso insiste, molesta, comenta los pases milagrosos del Diego, explica que Grecia se parece a los coreanos por andar en oficios de los que nada entiende. Grecia sabe de fútbol como los coreanos de comerciar en la avenida Jujuy, dice riéndose de su comparación perfecta, de su inspiración para ese día en el que cambiará su vida.

Pascual deja hacer porque los goles lo van poniendo de buen humor y el ronroneo con acentos guaraníes apenas lo incomoda. Cuatro es más de lo que esperaba. Sale del bar decididamente feliz. Pero un paraguayo pisándole los talones es más de lo que está dispuesto a soportar. Se da vuelta. Le encaja un regio derecho a José Asunción, que siente hervir su sangre, y terminan los dos trezándose en una pelotera que los deposita, atropelladamente, en una comisaría donde el coreano que los separó declara en idioma indescifrable que ya no se puede vender tranquilo en este país. Un regio calabozo los une mientras se escuchan asordados todos los bocinazos de la ciudad.

José Asunción se pregunta cómo fueron a dar sus huesos allí.

Don Pascual Zárate desearía estrangular a ese paraguayito corto de entendederas que deja a su gato sin bofe y sin dueño.

El paraguayo lo vuelve a enredar en disquisiciones hasta que se anima y larga la letanía de su vida.

Don Pascual, que sabe que al otro día volverá la calma, lo deja al pobre contarle lo que desde esa tarde desea contarle.

Que en Paraguay era un eximio panadero y que él sabe los secretos de las medialunas y el chipá. Que desea con toda el alma trabajar en una panadería como la gente pero que desde hace veinte años la suerte le es esquiva y apenas vende guantes y calzoncillos para turcos y judíos y coreanos sin escrúpulos. Que Alcira, la mujer que amó, lo cambió por Buenos Aires. Que no volvió a enamorarse, que busca fortuna, que vive en pensión insalubre en barrio de baratijas en país de tango y de ventajeros que le esquilmaron lo poco que traía. Pascual Zárate, argentino, 70 años mal transcurridos, suspira. Y le propone a José Asunción un negocio.

La panadería que dejó de funcionar en su propiedad por inspección municipal que decretó ausencia imperdonable de limpieza, podría desoxidar sus engranajes si un paraguayo con ganas está a dispuesto a trabajar. Podrían ir miti y miti y negocio redondo para los dos.

Y ahí salen, abrazados como viejos borrachos del mismo estaño, Pascual y José Asunción, después de haber pasado en una celda la más productiva noche de sus vidas. No les alcanza el día para ultimar los detalles.

Pero no es así.

José sabe que no es así.

Volvamos al segundo antes que me traicionaran las ganas de un final feliz para él.

Estábamos en que ese día le tenía que suceder algo importante.

Estábamos en que se sentó al lado del viejo.

Argentina goleando a Grecia y Diego haciendo el gol de su revancha mítica.

Y yo que creo que todos tienen derecho a una revancha y digo que una persona se dispone a vivir algo importante. Y escribo que a José Asunción Silva, paraguayo, 42 años cumplidos fuera de su patria, le sucede algo importante, cuando lo único que le sucede es que se fuma un pucho y se toma un martini mientras piensa qué coreano le queda de amigo para ir a vender los calzoncillos que le salvan el hambre. Ni siquiera ve nada en particular en la cara de don Pascual Zárate, argentino, 70 años, viudo y jubilado sin ganas de hacerse golpear por la policía en plaza Lavalle, sin ganas de trompear ni hacerse trompear por nadie, firme en su convicción de que lo único que vale la pena en este país de morondanga que es su país, son las piernas del Diego y las manos de Dios. Mientras Diego Armando, argentino, 34 años, millones de dólares calmándole el sueño, hace el gol que lo devuelve a la vida, a José Asunción Pereyra y a Pascual Zárate lo único que les sucede es que se abrazan acaloradamente, efusivamente, a un desconocido que festeja la misma red sacudida y temblando.

Creo que por eso se me cruzaron los nudos de las historias.

A quien le sucedió algo importante ese día fue a Diego Armando.

A quien los coreanos siguieron emputeciéndole la vida fue a José Asunción.

A quien lo único que le importaba últimamente eran los mundiales era a Pascual.

Lo que no alcanza para enhebrar ningún relato. Pero como a José Asunción se le ha dado por festejar los goles albicelestes, y como a don Pascual le pasó que de pronto se vio abrazado a un desconocido en un bar del Once donde suele matar el tiempo, y como a mí, desde una mesa cercana y por razones que no vienen al caso, se me ocurrió que eso podía guardar una buena

historia, entonces sí le pasó algo a José Asunción de lo que no se enteró ni él mismo, mientras a Diego Armando le sucedía algo de lo que se enteró el mundo entero.

Alguien contó su historia sin panaderías y su lotería sin premios creyendo encontrar a cada momento la comparación perfecta, la inspiración que cambia la vida.

Historia parecida, panaderías más, goles menos, a todas las historias que suelen suceder y que no guardan ningún final decoroso. Ni siquiera para Diego Armando.

(Mutis por el foro de la escritora y sus personajes abrazados como viejos borrachos del mismo estaño, un martes de junio de mil novecientos noventa y cuatro. Argentina 4, Grecia 0.).

Buenos Aires, 16 de Septiembre 2013